



Solemnidad del Corpus Christi 2020

Catedral Vieja, 14 de junio de 2020

1. El maná

El maná, alimento misterioso dado por Dios a su pueblo en el desierto, era una figura del verdadero pan venido del cielo, que es Jesús mismo, es decir, su carne dada por la vida del mundo (Jn 6, 51). El verdadero pan bajado del cielo no es el maná que dejaba morir (Jn 6, 49.58), sino Jesús mismo, que es pan de vida eterna (Jn 6, 51.54).

Pablo ve también el maná del desierto como figura de la comida del cuerpo de Cristo (1 Cor 10,3.5). Y el apocalipsis promete el nuevo maná escondido a aquellos que por su fe y su testimonio han vencido a Satán y a la muerte (Ap 2,17). El maná verdadero se recibe por la fe en Cristo (Jn 6, 14). Él nos exhorta a trabajar *“no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna”* (Jn 6,27).

La comparación entre el maná del desierto, como figura, y la carne de Cristo, no se agota en la diferencia entre el alimento de Dios para el sustento corporal y el alimento de Cristo para participar de su misma vida divina y eterna.

Es de gran interés para la actual pedagogía eucarística la descripción que hace el libro del Deuteronomio sobre la finalidad y el significado que Dios otorga al maná en el tiempo de peregrinación por el desierto. Moisés exhorta a hacer memoria de todo el camino que el Señor ha hecho recorrer a su pueblo por el desierto durante años para ponerle a prueba y conocer todo lo que hay en su corazón; si ha reconocido las penalidades de las que Dios le ha librado después de sacarlo de la esclavitud de Egipto, saciando su sed con agua sacada de una roca de pedernal y alimentándolo con un maná que no conocían sus padres. Y todo ello para que **aprenda a fiarse de Dios**, observar sus preceptos y *“reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

La forma como Dios entrega cada día el maná educa a su pueblo en la permanente confianza en Dios y en el cumplimiento de su promesa; no deja lugar para la autoafirmación ni para la programación autónoma de su abastecimiento diario. El pueblo de Dios peregrino vive en el desierto del cuidado providente de Dios, fiel a la alianza y misericordioso. El maná es un signo continuado de la fidelidad providente de Dios, cuyo significado debe cada día comprender en la fe y vivir en fidelidad el pueblo de la alianza.



Cuando el pueblo olvida este fundamento espiritual, el maná le resulta un insoportable pan sin cuerpo y añora las ollas de la casa de la esclavitud. En esos momentos, **el pueblo pierde la confianza en Dios y quiere vivir solo de pan**; y, como no lo tiene, murmura contra Dios y se rebela contra Moisés.

Estas expresiones de crisis de fe, vividas en ocasiones frecuentes por el pueblo de Dios en el desierto, se han convertido en nuestros días en situación habitual, diaria y casi generalizada. La inmensa mayoría de personas de nuestra sociedad actual quieren vivir sólo de pan, o de pan y circo, y carecen de sensibilidad para entender y de capacidad para desear vivir del alimento de Dios. Y la falta del pan a muchas personas, como ocurre de forma generalizada en el mundo, y ahora también alrededor de nosotros, entre las víctimas más frágiles de la pandemia, lleva a muchos a sentir y proclamar que el antiguo trono de Dios está vacío.

Con gran empeño estamos cuidando la celebración de la Eucaristía y la mejor pedagogía eucarística de nuestros fieles. Pero nos encontramos con la grande y contagiosa influencia social de la mayoría de personas que se conforman y parecen sentirse muy satisfechas viviendo sólo de pan. Se ha generalizado el sentir que la misa carece de interés, y lo que ofrece no motiva a la participación en ella. En esta agravada situación, la necesaria y urgente pastoral eucarística necesita una previa evangelización de primer anuncio, una intensa renovación de la fe y la forma de vida eucarística de nuestras comunidades y una profunda revisión crítica de los fundamentos éticos y humanistas de nuestra sociedad del consumo. Me refiero a la revisión crítica que hemos de hacer los cristianos para aprender a liberarnos de la seducción del consumo como estilo de vida intrascendente.

2. El Cuerpo y la Sangre de Cristo

La Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo; en ella se manifiesta *el amor más grande*, que le impulsa a *dar la vida por los propios amigos* (cf. Jn 15,13), a los que *amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Hasta el extremo de darnos en el pan y en el vino su vida divina hecha carne y sangre de la nueva alianza con Dios.

Cada uno de nosotros somos hoy llamados a confesar con Pablo y Juan: *“vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”*. *“Es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20); y yo vivo en él y por él, porque me da a comer su carne y a beber su sangre como don de su vida divina y eterna.

Desde esta experiencia personal asumimos cada uno con gozo el envío a continuar la misión de Jesús, que nace de la Eucaristía. Y no podemos dejar de anunciar al mundo: Jesús es el pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo; el que come su pan, convertido en su carne, vivirá para siempre. Y con sus mismas palabras



proclamamos: “si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros”.

En la Palabra, en el pan y en el vino nos llega toda la vida divina y somos hechos verdaderos partícipes de la intimidad del Dios amor. La Eucaristía es el alimento de la verdad y nos guía a la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios y determina nuestra identidad personal. Por ello, **la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo está llamada a ser el principio de un cambio radical de la persona** y de la humanidad, cuyo término último será la transfiguración de la creación, a fin de que Dios sea todo para todos (cf 1 Co 15, 28). Así la Eucaristía es prenda de la gloria futura y de la vida eterna. Hoy suplicamos especialmente que sea camino hacia la gloria eterna para los fallecidos por la pandemia.

3. El Cuerpo y la Sangre de Cristo edifican la Iglesia

La Eucaristía es causa de la **edificación de la Iglesia**. Por la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo **nos convertimos en Cristo mismo y en miembros de su Iglesia, su Cuerpo espiritual**. *“Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”*. *“Y el pan que partimos ¿no es comunión del cuerpo de Cristo”?*.

La naturaleza divina del pan que todos comemos determina el misterio de la Iglesia en la que somos introducidos. La Iglesia no es una sociedad de origen, ser y misión humanos. Nace de la comunión de todos sus miembros en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y es ella misma Cuerpo de Cristo, habitado por su Espíritu. Y los miembros somos hermanos en Cristo, nacidos de su costado abierto en la cruz por el bautismo, la eucaristía y el don del Espíritu, y partícipes todos de su misma vida y misión. La Eucaristía nos edifica y nos mantiene en el ser Cuerpo de Cristo, en la vida fraterna, en el servicio de la caridad, y en la misión común.

Al declarar *“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”* (Jn 6,51), nos muestra el Señor la íntima compasión que Él tiene por cada persona, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41). **En la Eucaristía Jesús nos llama a ser testigos de la compasión de Dios por cada hermano**. Nace así, de la fuente del misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, y su reflejo institucional en el Día Nacional de Caridad, unido en España a la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo.



4. La caridad institucional

San Pablo nos enseña: *“Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro” (1Cor 12,27). Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a los que carecen de él, para que así no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él,” (1Cor 12,25-26)*

Con estas palabras nos muestra la base cristológica del variado ejercicio organizado de la caridad en las numerosas comunidades eclesiales. Hoy es el día de todas ellas. Y por el servicio de todas ellas damos gracias a Dios.

Pero referimos especialmente el Día Nacional de Caridad a Cáritas, como institución de la caridad de toda la Iglesia en España.

En el año 2019 Cáritas de Salamanca ha atendido a 14.500 personas en sus diversos programas, con un coste de 4.786.636 euros.

En el presente año, la crisis económica provocada por la pandemia se ha reflejado en la población más desfavorecida en un elevado incremento del desempleo, en la ausencia total de ingresos en muchos hogares y en una grave crisis de vivienda, pues muchas familias no tienen dinero para pagar el alquiler de la vivienda y los gastos de suministros.

Desde el 15 de marzo al 31 de mayo se han multiplicado las peticiones de ayuda a Cáritas diocesana; por ejemplo, se han duplicado las solicitudes de las familias, hasta 1312 familias, a las cuales se ha dado 392.165 euros en ayudas de primera necesidad. El conjunto de ayudas prestadas de forma extraordinaria desde enero a mayo de 2020 ha ascendido a 666.914 euros. Y ello ha sido posible por el generoso aumento de los donativos a 584.602. Caritas viene contando también con la colaboración habitual y extraordinaria de las administraciones públicas de la ciudad, provincia y región.

La evolución de la situación laboral y económica va a seguir haciendo necesaria una fuerte colaboración económica con Caritas, para paliar de necesidades de las familias que se han quedado sin medios de subsistencia.

En los próximos días la Diócesis de Salamanca va hacer realidad la anunciada constitución de un Fondo Social en Cáritas, al cual puedan sumarse libremente otras instituciones o personas. Es el momento de la unión en la caridad efectiva para que el Señor no pase hambre, ni esté sin hogar en ninguno de *“sus hermanos más pequeños” (Mt 25,40).*